

» Ayer me dieron la Extrema-Unción, y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan; y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies de vucencia bueno en España, que me volviese á dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos; y por lo menos sepa vucencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte, mostrando su intención. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de vucencia, regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieran verdaderas mis esperanzas dilatadas en la fama de las bondades de vucencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del Jardín*, y del famoso *Bernardo*. Si á dicha, por buena ventura mia (que ya no sería ventura, sino milagro), me diese el cielo vida, las verá, y con ellas fin de la *Galatea*, de quien sé está aficionado vucencia. Y con estas obras, continuando mi deseo, guarde Dios á vucencia como puede. De Madrid á 19 de Abril de 1616 años.—Criado de vucencia, MIGUEL DE CERVANTES.»

Leida esta dedicatoria al Visitador, éste dijo con dulce acento: Veo en tí un dignísimo hijo de San Francisco; y porque hasta en esto *bien lo imitas*, puedes exclamar con él: «Igual será para mí la alegría en la vida como en la muerte.»

Esto, padre mio, respondió Cervantes, he escrito en reconocimiento de mis obligaciones; tuve deseos y grandes esperanzas de repetirlos al Conde, mi señor, mas me

resigno á la voluntad de Dios. Ya que no puedo, satisfago con palabras de elogios los beneficios que no puedo recompensar con obras, dedicándole al par el *Persiles*, libro en que persuado y aliento á todo género de virtudes, en estilo claro, enriquecido de buena doctrina. Y si el libro nada vale, y nada en él le vengo á ofrecer, al menos le manifiesto el mucho deseo que tengo de ofrecerle una prueba de mi respetuoso agradecimiento.

Acrecentado el mal, y ya á los últimos extremos, el religioso le encomendaba el alma, mientras Cervantes, con una vela encendida en las manos, y en su lecho, parecía registrar á su luz las oscuridades de la muerte.

Con frases débilmente repetidas, pero entrañablemente respiradas, demostró que las oraciones de San Buenaventura que el religioso decía, hallaban acogida en su ánimo, y aquellas especialmente que llamaban á Dios dulzura, descanso, verdaderísimo gozo, luz deleitable, tú solo seas para mí todas las cosas, mi esperanza, mi alegría, mis confianzas, mis riquezas y mi amor, mi sufrimiento y mi amparo, mis pláticas y mis respuestas, mis pensamientos, mis obras y todo mi tesoro.

Y ahora recuerdo, le dijo el Visitador, quitándole de las manos la vela; bien sabes, hermano, que el perdón del enemigo es la serenidad de la conciencia, y que hay que olvidar las injurias, porque si Cristo fué aborrecido, ¿cómo queremos ser amados? La virtud debe pintarse coronada de los cándidos lirios de sus dolores y de las blancas rosas de su pureza, reina, sí, coronada en el templo del amor sobre la tierra.

Un autor, con fingido nombre, escribió la *Segunda*

*parte del Quijote*, en que te ofende con palabras que dan ocasión á agravios; sobre las causas de su proceder, si algo me cumple decir, nada puedo averiguar. Se muestra de tí quejoso; y se venga, nueve años despues, de la injuria que te atribuye: largo rencor y encono por cierto. Poderoso debe ser tu contrario, pues ocultando su nombre, publicó el libro sin contradicción alguna en el Consejo de Estado y la Suprema y general Inquisición. Parece como que quiso apartar de tí el ánimo de quien te admiraba y podría protegerte, dando á entender que no eras digno de beneficios, por ser mal hombre; y que lo que tú escribías podía escribirlo otro con igual ó mejor donaire y agudeza.

Entre los dones todos del Espíritu Santo, que Cristo concedió y concede á los humanos, el principal es vencerse, y sin violencia; tolerar, por Dios y por la caridad de Dios, los oprobios cual nos enseña nuestro Padre San Francisco. Deseo poner paz entre tí y el atrevimiento del falso Avellaneda.

Cervantes quiso como decirle «oye mis sentimientos, ya que no puedes mis palabras»; y le indicó que trajese de una mesa inmediata los dos tomos del *Ingenioso Hidalgo*. Abrió el libro de la Segunda parte, y al llegar á una página, señaló al religioso aquel pasaje de la muerte de D. Quijote, cuando este suplica á sus albaceas que, si su buena suerte les trajere á conocer el autor del Don Quijote de Avellaneda, «de mi parte le pidan, cuán encarecidamente ser pueda, *perdone la ocasión que sin yo pensarlo*, le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, *porque parto de esta vida*

*con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.»*

Y al leer en alta voz el religioso estas palabras, Cervantes llamaba la atención con el dedo, hacia el libro como si quisiera decir: Eso, eso es la verdad.» No pudo ser ni más humilde ni más advertida la respuesta.

¡Oh valerosa palabra de perdón que á tal tiempo se repite y ante tal imagen (y esto decía mostrándola á Cervantes), imagen, sí, de Cristo durmiendo el sueño de voluntaria muerte, en la cruz, en purificación de la original culpa y en precio y redención de nuestros delitos; viniendo, desde la eternidad, á ser hombre para enseñar al hombre el camino de la eternidad! Habla á Dios desde el íntimo afecto de tu corazón afligido. Anhele tu alma ir, é irá adonde no hay dias de muerte. Muchas veces te he oído decir que en Dios está todo el deseo de tu alma, en Dios á quien jamás se pide sin esperanza de misericordia. Si él se retira de nosotros, ¿á quién nos hemos de volver; y qué hay fuera de Dios que pueda darnos consuelo? Él te defiende y te defenderá, si le invocas contra toda duda, vacilación é inconstancia.

Piensa, hermano, que San Antonio de Padua, que ciñó cual nosotros el cordón de San Francisco, decía que por las afficciones del cuerpo se sanan las heridas del alma, y que el amor de Dios convierte en dulce toda amargura.

Doña Catalina, en tanto, como mujer que á tal marido tal viera sufrir, y que al perderlo consideraba que en él perdía cuanto podía perder, habia gemido con insistencia y llamado con lágrimas á las puertas de la misericordia de Dios.

¿Qué puedo hacer ya y adónde puedo ir sin tí, único solaz de mi alma, decía, tú que con discretos consuelos esforzabas mi espíritu cuando prevalecían contra nosotros las adversidades? Desaparecen ya ante la lastimosa experiencia de tu muerte, que es mi mayor infelicidad, todas mis esperanzas. Acercándose al lecho y diciéndole, «¡Miguel, Miguel mio!», con elevada voz, á los ecos volvió Cervantes sin luz los ojos, y cerróselos la muerte, pues aunque respiraba y oía, jamás los tornó á abrir.

Todavía pudo escuchar Cervantes por corto tiempo la regalada voz de su consuelo en la de aquel religioso, hasta que lanzó el postrimer suspiro, premiando Dios así con tan preciosa muerte sus merecimientos y su ánimo preeminente en firmeza de fe y en virtudes.

Dé cabida en su alma á la serenidad del consuelo, dijo el religioso á Doña Catalina: porque esto no se llama morir, sino volar el alma al lugar de su descanso. Primero se ha de perder la vida que la paciencia y la constancia. Identifíquese afectuosamente en Jesucristo, deje muy atrás la flaqueza humana, y recurra tierna y afligida á Dios, arrojándose en los brazos de su providencia.

No murió Cervantes en la soledad de la pobreza, pues en su pobreza misma vinieron á acompañarlo sus hermanos en la Orden tercera, para darle socorro con medicinas y palabras de amor y de esperanzas de eterna vida.

Todos los hermanos, de hábito descubierto y encubierto que pudieron juntarse, pasaron á aquella triste morada; y alternativamente no dejaban de rezar junto al cadáver vestido como ellos, hasta que llegada la hora del

entierro, entraron todos; é hincados de rodillas y divididos en dos coros, rezaron la oracion del Santo Sudario, aplicando las indulgencias por el alma de Cervantes, y suplicando á Dios le diese el eternal descanso.

Llevaron á hombros el cadáver con la cara descubierta los hermanos, á la iglesia de las Trinitarias, donde Cervantes quiso tener sepultura, en gratitud afectuosa de haber debido á los padres de esta Orden ser sacado de cautiverio, Orden en que subió la caridad al punto del deseo de dar la vida por el prójimo; y sabido es que quien da la vida por los hombres, es quien más se asemeja á Jesucristo. Desde que se acercó á la Iglesia el entierro, doblaron las campanas segun el rito de la Orden. El paño sobre que el cadáver se puso en el templo, era el de la de San Francisco. Los hermanos no abandonaron á Cervantes, hasta que los oficios solemnes fueron acabados y el cuerpo recibió sepultura.

Á la salida del templo, el religioso vió á D. Francisco de Urbina y á D. Luis Francisco Calderón, los cuales le dijeron que pensaban escribir versos en loor de Cervantes para el *Persiles y Segismunda*, ya que tan altos poetas lo habian abandonado en la muerte.

Bien me parece el intento, respondió el Visitador; pero llámenle en los versos *ingenio cristiano*.

¿Por qué? preguntaron; ¿y quién puede poner duda en la cristiandad de Cervantes Saavedra?

Él ha sido el caballero andante de la humanidad, dijo el religioso: peleó por la libertad del cristianismo contra el turco, en Lepanto; combatió con los trabajos, en el cautiverio; la caridad de la religión rompió el encanta-

mento de sus cadenas; recorrió las selvas arduas del mundo, siglos y siglos incultas para el ingenio, perseguido de la malignidad con calumnias promovidas unas con apariencias de celo, otras con envidias declaradas, otras con pretensiones ambiciosas; prosiguió en lid con la ceguedad de su desdicha y los errores de su tiempo; pugnó por la causa del bien, defendió las virtudes, guardó lealtad y gratitud, gastó años, menospreció su vida, aventuró sus esfuerzos; y combatido de la pobreza, armas que el siglo y la vanidad esgrimían contra su persona para abatirle, vistió el hábito de la pobreza de San Francisco, que la sublimó con su regla, para enseñanza y consuelo del mundo.

Ahí teneis á Cervantes caballero y armado de las armas de la pobreza, de la humildad y del afecto á Dios y á los hombres. Y ¿sabeis cuál empresa ha elegido, como el más alto blasón de los blasones que caballero puede anhelar? Las cinco llagas de Jesucristo, escudo de mi Orden para defender su inmortalidad con esta invencible empresa, y conseguir la corona, no la que los gentiles antes, y las damas hoy daban y dan á las felicidades, sino la que la fé reserva para los trabajos y la constancia.

Me maravilla lo que vuesa paternidad dice, respondió Don Francisco de Urbina.

No hay de qué maravillarse, por más que en Dios todo sean maravillas, prosiguió el religioso: San Antonio de Padua nos enseña que Cristo nos manifestó en sí dos documentos de suma perfección: la fortaleza de la paciencia que triunfa, y la rectitud de la pureza del alma

que persevera: la de Cervantes triunfó y triunfará para siglos, porque perseveró en el bien.

Por eso repito á vuestas mercedes, que no dejen de celebrarlo como *ingenio cristiano*. Si pasando (como pasará) de la soledad de su pobreza y del olvido de los hombres, en su muerte hoy, á la aclamación de las edades; y en ellas, por los pecados de la humanidad, decreciese la fe y se aumentasen los errores,—bien será recordarles que Cervantes, objeto seguramente de su admiración, fué *ingenio cristiano*, y que de sus altos pensamientos de cristiano procedió y procede la grandeza de sus escritos. Y con esto voy á suplicarles que me saquen del deseo de saber que lo escriben así, entendiendo que la merced que en ello me harán no es de calidad que llegue á ser puesta por mí en olvido. Y Dios sea con vosotros.

FIN DE LA ÚLTIMA NOVELA EJEMPLAR DE CERVANTES.